

La entrevista

Cuento de Hugo Burel

I

“El ciego apura el resto de café y se olvida de mi presencia o finge que no está del otro lado de la mesa, anotando con avidez sus palabras. Hay algo en esa actitud que expresa su soledad, un ensimismamiento radical que tal vez disfrute o sufra a partes iguales. Es la última parte del reportaje y acaso la más íntima, porque se ha referido a un secreto que todos los hombres atesoran: sus miedos. Con discreción su secretaria se acerca a la mesa y me señala su reloj pulsera. En media hora el ciego debe dar su conferencia en un instituto cercano. No obstante se permite agregar:

—“Polvo seré, más polvo enamorado”: Quevedo y una perfecta consolación por la métrica y el encabalgamiento— comenta, como al pasar y luego redondea la idea:

—También hay allí una conmovedora actitud creyente, la ilusión de que el polvo ha de tener conciencia. Pero en eso radica el triunfo de la poesía: ese verso hace inmortal al polvo de su autor, ¿qué curioso, no? Pero hablamos de Quevedo, ¿verdad? No, en realidad hablamos del miedo. En una época me atemorizaban los espejos hasta que los dejé de ver. También me atraían.

La secretaria toca al ciego en un brazo y eso parece devolverlo a la mesa y a una cierta noción de la realidad. Yo le hago señas al mozo para pagar los cafés y el ciego sonríe y se deja conducir por la mujer, que lo ayuda a pararse y ponerse el sobretodo. Enseguida le envuelve el cuello con la bufanda como haría una madre con su hijo. Finalmente le coloca el bastón entre las manos.

— La contracara del miedo es el coraje, pero solo desde el miedo podemos saber qué es, ¿no?— me dice el ciego como dádiva final y se despide con un titubeante apretón de manos. Vuelve a sonreír y me mira sin verme. Hay algo de disculpa en ese gesto, de adiós definitivo y de lástima.”

II

¿El miedo al amor? Tal vez sea esta una explicación demasiado obvia o peligrosamente simple, tratándose de este hombre. El reportaje es bueno y está bien escrito, pero no agrega mucho a lo que ya sabemos. Me gusta eso de que no lo nombre, que lo llame “ciego” casi con énfasis. Está bien enfocado, cómo no, pero el ciego no ha dicho nada nuevo, por lo que leí. Le dijo lo que usted quería oír o él tenía ganas de contar. Ya sabemos que son otros los miedos, pero a esos no es prudente referirse ahora, porque usted es joven y tiene demasiada fe, aunque diga que no la tiene. Pero fíjese, su miedo lo ha puesto en contacto con la vida, lo ha deshabilitado. Lo ha sacado de la comodidad, del confort, por emplear un término en uso. Necesitaba el empleo y a la vez temía ser rechazado. El miedo al fracaso lo salvó. Eso me recuerda algo que no tiene nada que ver con usted ni con su idea del coraje, si es que la tiene. Fue Hemingway el que dijo que el coraje es la elegancia bajo presión. Voy a contarle un caso ejemplar.

Hace años un boxeador nuestro llamado Dogomar Martínez peleó contra el campeón del mundo en un estadio de Buenos Aires. Perdió, claro, pero regresó como un héroe. Nunca vi tanta gente congregada para recibir a un derrotado: el puerto desbordaba de aficionados agradecidos, exaltados. Y qué paradoja: estábamos en la bahía —yo estuve allí— esperando en los muelles al héroe que llegaba desde el cielo, porque en ese entonces teníamos hidroaviones que descendían sobre las aguas de la bahía. A orillas del río recibimos a un ídolo volante que había recibido una paliza ejemplar, formidable, de parte de ese negro imponente. Tras el combate, la cátedra, admirada y agradecida, celebró la resistencia de nuestro púgil como un verdadero triunfo. No tenía chances de sobrevivir de pie y, con esa obstinación típica de sus ancestros ibéricos, el muchacho soportó hasta conocer, por fin, el verdadero rostro del boxeo, su propio rostro tumefacto. Salió del

exitismo y la medianía del medio —no había nadie aquí capaz de pegarle a nuestro héroe de esa manera— y se enfrentó, no a un norteamericano superior a él física y técnicamente, sino a su propio miedo. Perdió por puntos porque el otro no pudo noquearlo. Ya ve que siempre volvemos al principio. El miedo, no a los golpes o a perder —perdió, nomás— sino a no resistir de pie, a defraudar al público, a que pudieran sospechar un mínimo atisbo de flojera de su parte, fue su fortaleza en la pelea. Se hizo romper la cara porque tuvo miedo; resistió porque tuvo coraje. Su miedo más profundo lo sostuvo por encima de la lona, que es el abismo para el púgil. Su miedo, no su valentía, como todavía la leyenda anda diciendo por ahí.

De alguna manera usted se parece a aquel muchacho valiente. El famoso ciego de las paradojas y las reflexiones ensimismadas no lo noqueó y a partir de hoy tiene el empleo.

III

El bar es el mismo que el de décadas atrás y tal vez la mesa sea la de aquella vez. El hombre espera mientras lee un periódico y su taza de té se enfría servida hasta la mitad. Consulta un par de veces su reloj y repasa los titulares del diario ya sin interés. Finalmente una joven se acerca acompañada de un hombre un poco mayor, de chaleco y cargado de cámaras fotográficas. La joven se presenta y el hombre dobla el diario y lo deja sobre la mesa.

— Disculpe la demora, nos confundimos y pasamos antes por su hotel.

— Está bien, ¿qué toman? ¿Café, un refresco?

— No, le agradezco. Mientras Juan arma su equipo, podemos empezar si a usted le parece. Las fotos las hacemos al final, ¿de acuerdo?

— Como quieras. ¿Vas a grabar?— dice el hombre que treinta y cinco años antes, allí mismo, solo había tomado apuntes, según le contó por teléfono a la joven periodista.

— Si no le molesta, prefiero así, aunque a los de la vieja guardia no les gusta, ¿no? Disculpe, no quise llamarlo viejo, pero, en fin... son los nervios, creo.

— No, no me molesta... tampoco lo de la vieja guardia, preguntá nomás.

El hombre mira a la joven y reconoce en ella su pasado. Acaba de dar una conferencia sobre un tema que siempre lo ha obsesionado: el miedo. Ella lo escuchó contar esa historia del viejo y sus reflexiones sobre el miedo, el coraje y todo lo demás. El sabe que todo ha sido un truco, una manera de seducir a los incautos y a los jóvenes como ella.

— ¿Fue aquí, verdad?— empieza diciendo la joven y luego agrega:

— ¿Fue aquí que realizó aquel famoso reportaje gracias al cual usted empezó a ser periodista y luego a publicar notas y más tarde cuentos? Cuénteme cómo sucedió, cómo logró que el maestro lo recibiera.

El hombre sonríe y mueve la cabeza en una negativa. Se toma de un sorbo el té ya frío y cambia el periódico de ubicación. Podría pedirle a la joven que apague el grabador antes de aclararlo todo, pero sabe que no vale la pena y que ese es un buen momento para contarlo.

— Te voy a dar una primicia: aquel reportaje fue un invento. Nunca lo hice y nunca estuve con el maestro sentado ante esta mesa, como vos y yo lo estamos ahora. Simplemente escribí lo que yo le hubiese preguntado e imaginé lo que él pudo responderme. Había leído alguno de sus libros y visto sus declaraciones para otros medios. Necesitaba trabajar y aquel editor se tragó la estafa. Lo único verdadero fue la foto que apareció y que me la hice sacar en la calle, aquí cerca. Yo había venido a ver qué pasaba, a mirar el ambiente porque se decía que el maestro a veces aparecía por la zona luego de almorzar. Y de golpe lo veo acompañado por una mujer y entonces me animo y les pido una foto— yo andaba con una camarita japonesa— y ellos, amables, aceptan. La mujer, la secretaria o la novia, qué más da, tomó la instantánea y el maestro sonrió como si me conociera. Fue la prueba para que el editor no dudase de que yo había estado con el ciego. Después, en el hotel me prestaron una máquina de escribir y sobre su mismo papel membretado escribí el reportaje que nunca hice.

— Pero después todo se publicó— dijo la joven, sin disimular su asombro.

— Sí claro, y por semanas esperé una demanda, que alguien llamara al diario para quejarse de que nada de



eso había sido dicho por el maestro. Pero nadie llamó. Después, con los años, he visto citas de mi reportaje falso incluidas en libros prestigiosos que comentan su obra, las referencias al miedo y el amor. Pero lo más notable fue la comparación con el boxeador que hizo aquel editor luego de leer el original. Miraba la foto y las hojas con el membrete del hotel y creía en mí, medía mi gesto de osadía y a la vez mi miedo a no conseguir el empleo. Una comparación muy extraña entre un joven que necesitaba trabajo y un boxeador que sube al ring para dejarse masacrar por un campeón del mundo en 14 rounds. ¿Sabés? Nunca le conté la verdad a aquel bienhechor que se tragó el reportaje como bueno y me dio un puesto en la redacción de la revista. Muchas veces estuve tentado de contarle, pero no lo hice y ahora está muerto.

– ¿Usted quiere que yo publique esto?

– Claro, para eso te lo conté. Hoy te llevás una noticia de esta mesa.

– ¿Y mintió muchas veces más?

– No, algunas veces, menos.

IV

Después de la entrevista regresó caminando al hotel y se quedó un rato en el lobby, haciendo tiempo sin saber para qué. Recordó la cara de sorpresa de la muchacha y también su ostensible desilusión. Había venido con el librito bien aprendido y él le había desbaratado la estrategia con la confesión de aquel pecado juvenil que a tantos había engañado. Siempre había estado latente en él esa necesidad de contar la verdad sobre aquel reportaje y sus consecuencias. Simplemente pensó que era la hora de hacerlo. Ahora veía que no había elegido bien el momento ni el interlocutor, pero ya estaba hecho y no valía la pena arrepentirse.

Subió a la habitación y se quitó el saco y la corbata y revisó la agenda para el otro día. Del mini bar sacó una botellita de Haig's y la sirvió en un vaso, le agregó hielo y se demoró viendo el líquido amarillo licuándose, brillando como oro disuelto. Encendió el televisor, puso el vaso en la mesita de luz y se recostó en la cama con el control remoto en la mano. Afuera había empezado a

Foto Panta Astiazarán

llover y las gotas del aguacero golpeaban con fuerza sobre el vidrio de la ventana. Las imágenes de la pantalla cambiaban obedeciendo a su dedo y saltaban de un show de Madonna a un discurso de Tonny Blair o a una escena de Los Sopranos, hasta que detuvo el raid en un combate de boxeo. Reconoció de inmediato la pelea, documentada en blanco y negro, por más que un sobreimpreso al pie de la imagen consignaba la fecha y el lugar: 12 de setiembre de 1953, estadio Luna Park. Allí estaban el negro norteamericano y su compatriota enfrentados. Él había visto varias veces el documental y siempre lo había conmovido la actitud del más joven, Martínez, que apenas tenía 24 años y el otro, Moore, el campeón del mundo, oscuro y brillante, 39. Los brazos del negro eran como grúas que llegaban sin dificultad a donde se proponían. Los del blanco eran más cortos, pero a él no le importaba. Se agachaba y esquivaba cuánto podía y de vez en vez tiraba sus *jabs*.

Miró el calendario de su reloj y ahí estaba la explicación. “Mañana se cumple medio siglo de la pelea y las coincidencias no existen”, pensó y brindó con nadie. Se dejó hipnotizar por las antiguas imágenes, entrecortadas o aceleradas y los fugaces planos del rostro del desafiante, mientras la voz de un comentarista en *off* pretendía describir lo que era indescriptible. Le dió dos sorbos seguidos al vaso y le dolió un tremendo derecho del negro que sacudió al blanco y lo hizo rebotar contra las cuerdas. Lo que estaba viendo era un resumen apresurado de todo el combate, sacado de algún noticiero de la época y rescatado por las artes de la digitalización. La miscelánea de tomas concluyó con el árbitro levantando el brazo del negro y el aplauso y los vítores de la platea. El otro, el derrotado, seguía de pie, más allá del miedo. Apuntó con el control y la imagen desapareció.

Bebió el resto del whisky y enseguida se sirvió otro. Recordó al editor la vez que le contó sobre la pelea a partir de la lectura de su reportaje falso. Seguía sin entender por qué los había vinculado, pero había sido ese nexo el que había funcionado a su favor para que le diese el empleo. Era evidente que la entrevista en sí no había sido lo decisivo. Tal vez creyó en su audacia, en alguna posible señal de que él podía llevarse el mundo por delante. Él había sido insolente como para esperar-

lo horas en la antesala de su despacho y no amilanarse ante su ostensible indiferencia, no temerle a aquel aire de duro y a su forma de mirar por encima de sus quevedos, atravesando el humo de su cigarrillo siempre calzado en la comisura. Y también –pensó en ese momento– era posible que hubiese descubierto la estafa, la condición apócrifa de la entrevista y se lo hubiera guardado. ¡Cómo un periodista de su experiencia iba a tragarse aquello! Volvió a brindar, esta vez por la delicada complicidad de aquel jefe inolvidable.

Lo supo enseguida –ahora no le quedaban dudas– y prefirió callarse. Entonces la pelea no se refería al ciego y a él: en realidad era un combate entre el periodista avezado y el aspirante a serlo. La redacción aquella era el ring y él era el joven desafiante que subía a dejarse matar por el campeón. El reportaje no le interesaba porque lo que en verdad valoraba en él era que se hubiera animado a llevárselo. Después, vaya uno a saber por qué dimensión de la piedad, nunca le dijo que lo sabía. Dejó que creciera como periodista y se animase como escritor sin mentarle jamás el secreto. Pudo pasarle aquella factura y no lo hizo, por eso había sido un grande.

No suele escribir bajo los efectos de cualquier arrebato o emoción, sino que más bien espera los momentos neutros, la calma después de la tormenta. Pero esa vez decidió romper la regla porque sintió que tenía que contar esa historia de la entrevista, que no había quedado completa en la que acababan de hacerle. Se quitó los zapatos –su único hábito, si se quiere supersticioso, a la hora de escribir– y se sentó frente al pequeño escritorio de la habitación. Allí había papel con el membrete del hotel y dos bolígrafos nuevos.

Enfrentado a la hoja en blanco, empieza por escribir el inevitable título del cuento: *La entrevista*. Respira hondo y toma otro sorbo de whisky mientras afuera arrecia el aguacero. Duda antes de seguir, pero la primera frase del reportaje falso le viene a la mente como si la acabara de inventar: El ciego apura el resto de café y se olvida de mi presencia, o finge que no estoy del otro lado de la mesa, anotando con avidez sus palabras. Entonces, lo demás va fluyendo sin dificultad hasta el punto final. ■■